
Teogonía y magnitud: *El cantar de la memoria* de Zoé Jiménez Corretjer

Ernesto Álvarez

Universidad de Puerto Rico en Río Piedras

El cantar de la memoria, Rapsodia, que con sentido musical amplio se envuelve en luces primigenias para ir en busca del origen, de un principio más allá de la historia, de la prehistoria y del mito; mediante la abolición del tiempo cronométrico, envuelta la poeta en tiempos simultáneos y paralelos, en medio de espacios más que infinitos inconmensurables, crea un poema de grande vuelo.

Hoy, que mucha de nuestra poesía se refugia en la expresión mínima de un haikú, hallar a un ser creador que se disponga a escribir una nueva odisea, es un fenómeno fuera de serie y distante de toda concepción posible dentro del ambiente cultural de nuestro tiempo.

El cantar de la memoria es un recorrido en medio de un torbellino de ideas, de un caos edificado afín al propósito de reconstruir un génesis distinto al doctrinal hágase la luz conservado en los rollos primitivos de la cultura hebraica, que no desprecia otros orígenes de culturas distantes en concepción y creencias, bien escritas mediante incisiones pictográficas en cavernas prehistóricas, talladas en primitivas maderas por otro, esculpidas en la piedra, o mediante cualquiera forma en que las civilizaciones del pasado quisieron poner por escrito las percepciones de una deidad acorde con su particular idiosincrasia, dándole forma de acuerdo a cómo concebían su universo.

El cantar de la memoria es un atrevido fenómeno en el ambiente actual de la poesía. Hace tiempo que no se producía en nuestro suelo un poema libro de esta índole. Y nos hemos preguntado: ¿Por qué, en un tiempo en que el poeta se busca en la expresión mínima de la creación poética, donde el haikú, poema de tres versos, pretende expresar la totalidad de una idea, de una emoción, de una mística, y en fin la belleza total en tres versos menores de 7,5,7 sílabas, una poeta irrumpe con un canto a la manera clásica, pero expresado en una moderna estructura, y no ya narrativo sino en la captura de abstracciones de difícil aprehensión?

En medio de este ambiente cultural, *El cantar de la memoria* es un fenómeno meteórico. Y digo meteórico en dos sentidos: el primero un fenómeno inesperado ocurrido por sorpresa en la naturaleza, y el segundo aprovechando una alusión que de pasada hace Zoé de las piedras gigantescas de una región de la culta Grecia denominada Meteora. En este lugar de ciclópeas piedras donde se construyeron monasterios inexpugnables, altura a la que “sólo las águilas se atreven” parafraseando el título de una película filmada en el lugar denominada en el inglés original *Where the Eagles Dare*. Donde se atreven las águilas. Y este título puede aplicarse con entera confianza a la creación de Zoé Jiménez en su libro *El cantar de la memoria*. Porque la poeta se atrevió a volar como los cóndores.

Es relativamente fácil escribir un largo poema épico cuando los elementos históricos están disponibles en las crónicas de quienes relatan la conquista de otros pueblos. No es fácil, sin embargo, cuando se intenta escribir un poema de gran aliento, como suele definirse ese incontrolable flujo creativo que solo los grandes pueden llevar a cabo exitosamente.

Y me he preguntado: ¿Quiénes, en la actualidad, han realizado proezas poéticas recientes, de esta clase de poemas. Tengo, forzosamente, debido a la índole de *El cantar de la memoria*, que descartar aquellos textos que tienen apoyatura en la historia, que se basan en el fervor patriótico para impulsar una poesía que dote de fundamentos de una nación, con todo y respetar esos intentos. Ya Aimé Césaire está distante con el Poema del retorno al país natal, y así también Saint John Perse y su *Amers*. Más reciente, otro antillano, Derek Walkott, nos ha sorprendido con su grandioso *Omeros*, y aún más cercano *The Bounty*, que Aurea María Sotomayor ha traducido como *La providencia*, que sin entrar en los méritos indiscutibles de la versión al español, extraño el sentido de mar y de aventura que tiene el título original, pues tanto *Omeros* como *The Bounty* tienen en sí una connotación de navegaciones, el primero en la odisea de Ulises y el segundo en el célebre *Motín a bordo*, de Nordoff y Hall, novela que ha movido a cineastas a crear entre cuatro a seis películas, todas ellas de gran valor artístico. En Walkott, hombre de isla caribeña –como Perse y como Césaire– el elemento marino le es fundamental a

su creación poética, así como su sentido de traslación en la geografía de su antilla de origen como en el hombre que en el continente escribió Los documentos de Arkansas.

Si fuese a emparentar *El cantar de la memoria* a una obra reciente de igual extensión y ambición ideológica, si me es permisible hablar de ideologías en cantares modernos de esta clase, tendría que fijar la atención en el *Cántico cósmico* de Ernesto Cardenal. Y esto por varias razones.

Tanto Cardenal como Jiménez Corretjer se proponen recrear el origen del universo de acuerdo a fórmulas particularmente adoptadas. Cardenal parte de la ciencia, con apoyatura en las teorías creacionales del Big-Bang, es decir la Gran Explosión. No está de más conocer un fragmento del Cántico cósmico para ver como el poeta nicaragüense plantea su teoría científica en sustitución del mítico “En el principio” de la Escritura hebrea:

En el principio no había nada
ni espacio
ni tiempo.
El universo entero concentrado
en el espacio del núcleo de un átomo,
y antes aun menos, mucho menor que un protón,
y aun menos todavía, un infinitamente denso punto matemático.
Y fue el Big Bang,
La Gran Explosión.
El universo sometido a relaciones de incertidumbre,
su radio de curvatura indeterminado,
su geometría imprecisa
con el principio de incertidumbre de la Mecánica Cuántica,
geometría esférica en su conjunto pero no en su detalle,
como cualquier patata o papa indecisamente redonda,
imprecisa y cambiando además constantemente de imprecisión
todo en una loca agitación,
era la era cuántica del universo, ...[1]

Baste este comienzo para determinar la dimensión científica de la que Cardenal se vale, para así poder apreciar con mayor exactitud cuál es el logro del poema creado por Zoé Jiménez Corretjer. La preocupación por la búsqueda del origen es una constante en las mentes privilegiadas que han descubierto las limitaciones del dogma. Todo pueblo primitivo se ha preocupado en intentar hallar la explicación de por qué somos y estamos en este mundo y qué dio principio a todo cuanto nos rodea.

Para no ir más lejos y así poder apartarnos ya de este preámbulo, recordemos el poema *Alabanza en la torre de Ciales*, de Juan Antonio Corretjer, en el que a partir de la memoria sobre el origen mítico de los indios caribeños escrita por el monje Román Pané, el poeta cialeño versifica. Por la mitología aruaca que de areyto en areyto le llegara a Román Pané, y éste nos relatara:

En el principio era la Tierra. Y la Tierra era ancha.
Érase una inmensa y única tierra ancha.
En mitad de esta tierra se erguía una montaña.
Y esa montaña era la más grande y más alta montaña.
Jamás el ojo humano vio igual o parecida montaña.
Creció en la cumbre de la montaña un árbol de gigantesca rama
Y era este árbol el árbol de altura más titánica.
Jamás el ojo humano vio igual o parecida planta,

Y al pie de este árbol, en la inmensa montaña,
 nació una mata de calabazas.
 Era una gigantesca mata de calabazas.
 Sus raíces hundió en la genésica montaña
 y extrayendo todas su secretas fuentes mágicas
 fue única en su fruto: en todos los tiempos la más grande calabaza.
 Jamás el ojo humano vio igual o parecida calabaza.
 Y sucedió que un día aquella calabaza
 fue vista desde lejos por la pupila humana.
 Desde lejos, dos hombres, atentos, la miraban.
 He aquí la ambición buena. Y he aquí la ambición mala.
 El uno para el bien de la tribu la tomara.
 El otro para sí. Para sí nada más la deseaba.
 Por un lado de la pendiente el uno. El otro por la opuesta halda.
 Llegados a la cima, cuando el sol más hermoso brillaba
 y el viento en la maleza dulcemente arpegiaba,
 ambos hombres por su botín luchaban.
 Y luchando rompieron el bejuco de la calabaza.
 La calabaza rodó cuesta abajo. De risco en risco rebotaba.
 Rodó cuesta abajo...
 Hasta que, contra una roca de puntas como lanzas
 se abrió en dos la calabaza.
 He aquí que sobre aquel mundo que era sólo tierra ancha
 rodó cubriéndolo todo el mar que en la calabaza se ocultaba.[2]

Y se me preguntará: ¿Por qué recurrir a estos precedentes para hablar de *El cantar de la memoria*, de Zoé Jiménez Corretjer? La respuesta parece ser simple, aunque no lo es en realidad.

Zoé ha creado un poema extensísimo en extremo ambicioso. Lo cual nos conduce a plantearnos: ¿Por qué, en un ambiente de economía creativa como el que vivimos, se nos presenta un Cantar de tan alto vuelo? Ya no estamos en el siglo XIX, cuando Alejandro Tapia y Rivera escribía un poema épico-metafísico en octavas reales de la talla de *La sataniada*. Vivimos la era de la prisa. Al parecer la era de la computadora pretende desplazar a la era del libro... Pero Zoé, de espíritu inquieto e intransigente, revoca la comodidad del creador indolente que vive de la inspiración romántica para exigirle a la creación una obra de magnitud distinta y de solidez en contextos, según una cultura asimilada desde diversos ángulos y fuentes.

El cantar de la memoria, el poema-libro, es su exigencia. Y en lo físico de la página y el volumen, Zoé alcanza su objetivo. En el mundo donde tantos se conforman con lo chiquito, Zoé opta por lo inmenso, y por su contenido podría decirse lo inconmensurable. Cuando tantos se complacen en atrapar una metáfora en un haikú, a lo cual no le restamos méritos, Zoé toma la metáfora como fuente y principio de una creación que puede representar igualmente al creador primigenio como a lo creado prodigiosamente, en los términos la Torá de los escritos veterotestamentarios. Esto en un sentido cósmico, aun más extenso, y expandido en ondas espirales de una estructura en movimiento cataclísmico, que lo llamado con amplitud limitada “universal” y hasta ilimitada en lo definido como “infinito”, aunque lo universal y lo infinito parezcan inmensidades absolutas.

La Metáfora, en *El cantar de la memoria*, es Persona. Es Deidad. De ahí que la poeta entre en la recriminación constante a la humanidad el haber olvidado La Metáfora. Ahora bien, otra cosa es el tema. O los temas. Y es que la creación, según Zoé, está aún más allá del consabido Fiat-Lux y de las nuevas teorías del Big-Bang. En cierto sentido, podría partir su teoría, si la hubiera, en una escritura a-científica y a-retórica común, de los libros esotéricos y prohibidos de un gnosticismo de difícil armonización con lo explícito convencional o científico-teórico. Ni ciencia ni mito-dogma. Es curioso que la poeta juegue con los conceptos de mito y mitocondria, a sabiendas del valor de cada término.[3]

El cantar de la memoria conlleva una auscultación en el mito, y más allá del mito. Nos enfrentamos a una teogonía distinta de la de Hesíodo. Estamos ante una teogonía que roza de pasada el Enuma Elish babilónico y se nutre de la epopeya de Gilgamesh de la primitiva cultura sumeria, en un tiempo donde solo el Carbono 14 intenta ofrecer edades aproximadas.

Tiempo y espacio son elementos fluctuantes en *El cantar de la memoria*. Y, curiosamente, más bien paradójicamente, *El cantar de la memoria* no es un cantar de la memoria, en sentido estricto. En primera instancia, el libro de Zoé no es una memoria, es decir una recopilación escrita de sus recuerdos o testimonio de su tiempo, aunque podría estar implícita la condición de las preocupaciones de su momento histórico. Memoria, aquí, es órgano de retención del conocimiento. En el poema de Zoé los cronómetros se derriten como en aquel cuadro de Dalí titulado “La persistencia de la memoria”, donde los relojes se gelatinizan y se extienden en caída inexorable, deformándose el tiempo.

Indudablemente, *El cantar de la memoria* es el poema de la subconsciencia. Toda la estructura del poema se produce en un devenir giratorio, ciclónico, espiral, inusitadamente laberíntico, formas que forman y deforman el caos cambiante, en un fluir de consciencia a la altura del mejor creador de la novela psicológica, donde el monólogo interno bergsonianos halla su canalización, si no constituye contradicción el que las formas mutantes y continuas no sean canalizables por la instantaneidad de sus configuraciones.

La escritura misma es causa y efecto, entidad y fijación de las metáforas individuales conjugables en la metáfora absoluta de la creación. De ahí que invoque las distintas maneras de comunicar mensajes: pictografías prehistóricas, antediluvianas muchas; la creación de las pirámides como transmisión de una sabiduría hoy ignorada. Se olvidó la metáfora, es queja continua en el discurso poético de la autora. La escritura cuneiforme babilónica. La oriental escritura ideográfica. El papiro sostenedor del mensaje y muchas veces del palimpsesto, la talla en piedra o madera y el modelado en barro de las culturas prehispanicas; las incisiones en tablillas de arcilla en las que quedaron escritas las cuentas por cobrar, los precios de los productos comerciables, pero también las hazañas de los héroes y heroínas de otros tiempos. Una fusión, en fin, de conceptos dispersados en el poema como cuando un huracán azota y dispersa los archivos universales de una galaxia a la redonda. Una amalgama de formas que llegan y se apartan en el laberíntico desplazamiento, como si una gigantesca tromba o tornado, absorbieran todas las cosas que una vez hubo ordenadas y que ahora giran sin controles como lluvia de estrellas en un firmamento que no halla sus límites. Una tormenta solar, la explosión de un sistema que arroja sus asteroides, planetoides y meteoritos de toda índole al vacío.

El cantar de la memoria, es el retrato de los mundos internos de la mente. Porque la mente es un universo tan extenso por dentro como cualquier galaxia puede serlo en la extensión del vacío que a la vista humana le es imposible alcanzar ni con el más vasto telescopio que pudiera inventarse. Son pocos los seres que están dispuestos a explorar sus capacidades internas del cerebro, no en cuanto a las células desde el punto de vista físico-científico, ni tampoco desde la perspectiva psicológica como ciencia social exploratoria de la conducta humana. La exploración a la que nos invita Zoé Jiménez está cimentada en la creación poética. Cuántos mundos son alcanzables cuando se explora la mente para alcanzar galaxias, orbitas de planetas lejanos, incluyendo sus lunas múltiples y sus anillos concéntricos en elíptica expansión, como corresponde al planeta Saturno. Cuántas personas pueden, como Zoé, extraer de esa profunda interioridad de su pensamiento exploratorio, toda esa elocuencia que llena los vacíos de palabras que, sin ser a veces ideas concebidas a conciencia, se traducen en imágenes que como una película de creación suprarrealista despierta la aprensión del interesado para vivir con la creación de la poeta ese universo que recién se descubre y se vuelve verosímil ante nuestras percepciones más suspicaces. De verosimilitud se trata.

El cantar de la memoria podrá estrellarse contra la exactitud teórica de la creación científica al estilo de Ernesto Cardenal en su *Cántico cósmico*, pero surge inmenso ante la credibilidad de las imágenes poéticas, que no tienen la pretensión de establecer o estabilizar una verdad universal, sino de crear una belleza que permanezca para solaz del buen gusto estético.

El cantar de la memoria, con todo e invocar el mito en constante leit-motiv que le da certeza a la estructura musical rapsódica del poema, no crea el mito que habrá de convertirse en dogma de una creencia. Le basta a la autora contraponer las distintas concepciones de unas culturas aprendidas y bien

asimiladas, que dan sustento a sus imaginaciones y transmiten la sensación de posibilidades concretas comprensibles, cuando son sólo imágenes flotantes en el vacío del incipiente universo, que en ebullición no acaba de crearse y se sostiene cambiante.

Incluso la concepción de una Eva moderna, al nivel de los nuevos conceptos de derechos humanos, está por nacer, definirse y ser en toda su plenitud. Esto, y más, hallará el lector en *El cantar de la memoria*, poema-libro.

Obras citadas

Cardenal, Ernesto. *Cántico cósmico*.

Jiménez Corretjer, Zoé. *El cantar de la memoria. Rapsodia*. San Juan: Casa de los Poetas, 2012.